

valiéndose de un pedacillo de hierro imantado. No le asustan las amenazas de las tempestades; y sirviéndose de las iras del viento, le detiene en las velas, y de su enojo y desesperacion se vale para cruzar velozmente el piélago embravecido. Las espantosas calmas del Océano burla con el vapor; y con él, venciendo el vuelo de los pájaros, atraviesa inmensas llanuras, valles profundos é intratables montañas. Ni las aves, remontándose á las nubes, ni los peces en sus hondas cavernas, ni los reptiles en las grietas y simas de los montes, ni las fieras horribles, armadas de fuerza y ligereza, pueden huir el vasallaje del entendimiento humano. A la humana razon sirve esclava y pechera la tierra, tributándole ya el fruto de continuas labores, ó ya sosteniendo el peso de innumerables ciudades, para cuya fábrica ve en pedazos navegar los cerros, y en cuyo ornamento el mármol hecho estátuas parece que tiene vida. Las aguas se ocupan en oficios mecánicos, moliendo semillas, aserrando árboles, llevando maderas sobre sus espaldas, labrando telas, subiendo á fertilizar elevados terrenos, aprendiendo siempre á servir por albedrío del hombre. Él mandó al aire trabajar en las bombas, y le enseñó á sacar tras sí las aguas sin sentir el peso. Él le aprisionó en los fuelles para crecer el fuego y levantar de una chispa una hoguera. Él disimuló en negro polvo la cólera del aire y le oprimió en cañones de metal, para tener como las nubes truenos y relámpagos que espanten, y rayos que destruyan: así burló diestro las defensas de las armas y de las murallas, hizo que los ojos alcanzasen mayor poder que las manos, y al sagaz y certero pasó la gloria del valiente. Halló escondido el fuego en las entrañas del pedernal, y dispuso que de él concibiese llamas la yesca; sorprendiólas también en los huesos inanimados, y de repente con el fósforo tuvo luz en las tinieblas de la noche. Unió estrechamente el azogue y el cristal para que copiasen cuanto les rodea, con mayor perfeccion que las fuentes y los lagos. Dió á la luz oficios de pintor, forzándola á fijar en el papel el fiel retrato de todo objeto y los fugaces movimientos de los animales y la gente. Adivina con el barómetro los cambios atmosféricos; no envidia la vista del lince, siéndole fácil por virtud del microscopio abultar á su antojo hasta la exageracion los más imperceptibles séres. Con férreas puntas magnetizadas desarma del rayo destructor á las tempestades; por el cloroformo hace insensible al dolor el cuerpo humano; con un alambre extiende de polo á polo instantáneamente su palabra; y en láminas de mármol y bronce, y en un retacillo de despreciable lino, con los movibles caracteres de la imprenta logra que hablen los siglos á los siglos, que se transmitan unos á otros las facciones y los pensamientos de sus varones ilustres; eterniza la memoria de ellos; salva del olvido y la muerte los frutos de la experiencia, imposibilita el largo imperio de la barbarie, y mantiene vivo el sagrado fuego de la verdad y de la fe.

Gallardamente nuestro autor examina la naturaleza y los esfuerzos del entendimiento del hombre, á quien llama el valenton del mundo (válgome casi siempre de sus mismas palabras); y luego que ha sacado de bruto á su pesar al impío, acude á una serie de sólidos racionios, expuestos con amena claridad y lindo arte, para probar al ateo, al incrédulo y al desatinado filósofo estas tres verdades: que hay Dios, que su providencia gobierna el mundo, y que las almas son inmortales.

¡Oh maldito veneno de la envidia! ¡Oh locura de la soberbia y de la ingratitud! ¡Que Dios haya tenido que mandar al hombre que le conozca y le ame sobre todas las cosas; y que el hombre haya aguardado á que sea precepto lo que debiera ser agradecimiento! ¡Que no dejemos á Dios el cuidado de lo que nos conviene (á Dios, que

mandó le llamásemos padre, y que nos mirará como á hijos); y nécios, tengamos á los trabajos por solo trabajos y desdichas, y no por advertencias y maestros! ¡Que dudemos de que la muerte nos renueva, y no nos aniquila; de que se siembran estos nuestros cuerpos en la tierra flacos, ignominiosos y corruptibles, no para que renazcan y resuciten con la misma miseria, sino para que los propios se levanten nobles, incorruptibles y espirituales! ¡Y nos resistimos á esta verdad, á este artículo de la católica fe, cuando nos le enseñan á toda hora en las hazas los gañanes; cuando vemos que el labrador no siembra el grano y lo entierra para que vuelva á renacer el propio grano, sino para que con su corrupcion y muerte resucite en espiga vivificante! ¡Oh interesante ceguedad de los entendimientos sensuales y distraidos! Se dejan convencer del pecado, y se aprovechan de las dudas de los sentidos para desencadenar sus apetitos y gustos. Pero nunca nos aflija ni desespere nuestra incredulidad, que puede fácilmente ser vencida. «Dios, dice el Apóstol, encerró en incredulidad todas las cosas, para desatar así los raudales de su misericordia con todos.» Quien siendo Dios se hizo hombre y quiso padecer muerte de cruz por redimirnos; quien, si lo pedimos, nos da su sacratísimo cuerpo y sangre por alimento en el duro y forzoso trance de la muerte, habiéndole nosotros dado hiel cuando tuvo sed al espirar; y quien es la bondad suma, se apiadará de nuestra flaqueza, y á los regenerados por el arrepentimiento abrirá las puertas del paraíso.

Nombre de teólogo, filósofo y político admirable conquistan á QUEVEDO los discursos que forman la primera seccion de este segundo tomo de sus obras. Mejor empleo no pudo hacer de su gran ingenio y erudicion vastísima que ocuparlos en mejorar al hombre, en hacer bien á la sociedad y al estado. Cuando tropeceis con escritoruelos que, sin haberle leído sino á sobrepeine, se erigen en jueces de escritor tan soberano, enseñadles adónde asegura que van encaminados sus intentos, con qué libros alimentaba su espíritu, cuáles preferia, cuáles cita y con cuáles se autoriza á cada paso, cuáles aconseja que no suelten de la mano el estudioso honrado, el de noble corazon, el de pensamientos hidalgos. Decidles que al satirizador de las costumbres romanas llama siempre *mi Juvenal*, porque tiene su misma valentía y dureza para combatir los vicios que iban socavando un colosal imperio: *mi Séneca*, á quien (como él) se empeñaba en librar de charlatanes la filosofía, en sacarla de ser un juego de cubiletes y embeleco ocioso de las academias, hacerla útil y fecunda; á quien, siendo gentil, decia que «no hay varon bueno sin Dios»; *mi Santo*, al gran Crisólogo, incansable en mostrar los prodigios de la fe cristiana y la hermosura y eficacia de la caridad y la limosna. Repetidles, en fin, cuál era la predicacion constante de QUEVEDO; y no altereis una sola de sus palabras: «Sea (dice) tu estudio, si deseas merecer verdadero nombre de sábio, cerca de las cosas espirituales y eternas. Trata con los afligidos y estudia con ellos; comunica á los solos; oye á los muertos, por quien hablan el escarmiento y el desengaño; ten por sospechosas tus alabanzas, y cree apenas á tus sentidos; preciate de humano y misericordioso; conténtate con lo que tuvieres, y no de suerte que te aflijas si te faltare; oye á todos, y sabrás mas. En los libros imita lo bueno y guárdalo en la memoria; y lo que no te pareciere tal, no lo repruebes: discúlpalo si sabes, disimúlalo si puedes; que no sé yo que haya más desdichado ni más ignorante género de gente, que aquel que muestra su estudio en advertir descuidos y yerros ajenos, que las más veces los hacen ellos no entendiendo lo escrito. Comparo yo á estos censores ceñudos, que se precian de severos siendo envidiosos,

á los gusanos, pues no están sino donde hay algo podrido : gente que se hace y se alimenta de la corrupcion. Sin duda es más fácil advertir faltas en los más doctos, que escribir sin ellas. No dejes de la mano los sapienciales de Salomon, la doctrina de Epicteto, el conmonitorio de Focílides y Theógnis, los escritos de Séneca; y particularmente pon tu cuidado en leer los libros de Job; que aunque te parece que te sobraré tiempo por ser pequeños volúmenes, yo te digo que si repartes tu vida en leerlos y en entenderlos y en obrarlos, imitando los unos y obedeciendo los otros, que la has gastado bien y lográdola mejor, y que no te ha de sobrar tiempo. Serás estudiante y bueno si la leccion de san Pablo fuere tu ocupacion, y el estudio de los Santos tu tarea.»

Parecia que el hombre, cuyo entendimiento volaba tan alto, debiera ser impecable, componiendo sus pasiones con su doctrina. Pero si alguna vez dormitan el discreto y entendido, ¿cómo no caerá alguna vez en tentacion el bueno? Hombres somos, no somos ángeles. La senda satírica fácilmente resbala al libelo; naturaleza irritable sin poderse ir á la mano cupo en suerte al gremio de los poetas; y son tentadores el diablo de la rivalidad literaria y el de la soberbia política.

Defiende QUEVEDO por solo y único patron de las Españas al apóstol Santiago, empleando con sagacidad é ingenio argumentos de profunda teología, reglas de estricta y severa disciplina, agudas razones de conveniencia pública. Pero en viéndose contrariado por la opinion de todo el reino junto en Córtes y por el piadoso entusiasmo de los devotos de santa Teresa de Jesus, la soberbia le despeña, pretende que su voto prevalezca sobre el de los demás, se cree más competente que todos, y con punzantes sátiras mortifica á sus adversarios. Ya está franca la puerta al insulto agresivo, á la vil personalidad; ya empelzados brusca, descortés y lastimosamente QUEVEDO y el doctor Balboa, Juan Pablo Mártir Rizo con Morovelli de Puebla, fray Gaspar de Santa María y cien otros, cuáles partidarios del Apóstol, y cuáles de la Santa.

Si aquí no procedió con humildad, olvidando la conveniencia como político, faltó á la caridad como cristiano en la *Perinola*, mostrándose iracundo y fomentador de la calumnia; en *Las necesidades y locuras de Orlando el enamorado* se disponia á dar rienda suelta á la venganza. Es innegable que hizo bien en perseguir y vencer ante los tribunales de justicia, por falsificador, al librero Alonso Perez de Montalban, padre del poeta; y que habria estado en su derecho al desaprobar los yerros literarios de ciertos autores sabiendo encerrarse en los límites de la indulgente y discreta censura. Pero si por una y otra causa le ofendieron y ultrajaron, desatentados é inícuos, don Juan de Jáuregui, el padre Niseno, el doctor Perez de Montalban, el sevillano Morovelli, don José de Pellicer, el diestro Pacheco de Narvaez y Andrés de Tamayo, médico y cirujano del monarca, ya difamando á cada triquete sus mejores obras, ya denunciándolas con perfidia al tribunal de la Inquisicion, ya calumniándole con los nombres de sodomita, hereje, borracho, ladron y mal nacido, y siempre tirando la piedra y cobardes escondiendo la mano, ¿por qué no acudió á su gran entendimiento, á su mucha sabiduría y fe, á su piedad cristiana para olvidar y perdonar? ¿Por qué no puso por obra lo que habia estampado en *La cuna y la sepultura*? Allí dijo de molde : «No solo es mejor perdonar al enemigo que vengarse, sino más fácil y más acomodado. Así lo mandó Cristo : Amad á vuestros enemigos. Rigurosa y desabrida cosa fuera y llena de peligros, si te mandara vengar de tus enemigos, salir á media noche ó solo cargado de armas, ó acompañado de amigos, á acecharle, y al cabo procurar su muerte.

¿Cuánto mejor es perdonarle, cosa que puedes hacer cenando, y en tu casa, y acostado, y con todo tu descanso? Léjos de esto, volvió insulto por insulto, calumnia por calumnia, ofensa por ofensa : desentierra los abuelos á Montalban, riése de las desgracias domésticas de Pacheco, aviva la calumnia que soplabá contra Tamayo, pregona los vicios de Pellicer; pero desprecia á Jáuregui y á Niseno. Todos con el exceso de su vanidad y ánimo vengativo le habian exasperado y traído á esgrimir contra ellos envenenadas saetas; él pudo exclamar con Lucano :

*Jusque datum sceleri canimus;*

él seria absuelto en el tribunal de los hombres; pero lo mal hecho, sea por la causa que fuere, no tiene jamás disculpa. Sírvale, sin embargo, de alabanza haberse abstenido de fiar á la imprenta los rasgos dictados por el enojo, cuando de sus adversarios fatigaban sin cesar los moldes asquerosas diatribas. En lucha con sus inclinaciones y apetitos, cayendo para levantarse purificado, capaz de arrepentimiento, amando la virtud y cuidando de practicarla, siempre que ponía en olvido que era poeta,— la figura de QUEVEDO se levanta humana y bella en todos sus escritos y acciones. Si no es grande la hormiga por verse encaramada sobre la veleta de una torre, no será pequeño un gigante porque breves minutos se atolle en un pantano.

Coloco despues de los *Discursos ascéticos y filosóficos* los *crítico-literarios*, ya para esparcimiento y descanso del lector (que no desplacen nunca las sazonadas burlas á costa del prójimo), ya para que resalte á qué desmanes y violencias no se habria podido arrojar QUEVEDO, fácil de apasionarse, vivo en el genio, en sus opiniones vehemente, animoso de corazon, diestro en las armas, resuelto en el peligro, impetuoso para acometer y firme en perseverar, si no le hubiesen refrenado (trayéndole siempre al buen camino) la antigua honradez castellana y la más acendrada fe católica. Sus mal inclinados instintos regeneró la cristiana verdad; y por ella fué espejo y luz de repúblicos y caballeros.

Táchense de sus *Discursos críticos* las desvergonzadas personalidades, ó niégueseles el crédito, y en ellos se encontrará siempre un inagotable raudal de contentamiento y enseñanza. Tales personalidades hoy no tienen fuerza ninguna, despuntadas ya las iras, y ya desapasionadamente juzgados los hombres de aquel siglo ante el severo tribunal de la historia. En cambio, ¿cuánto la crítica histórica adelanta con los juicios del señor de Juan-Abad, bien trate de vindicar la memoria de Felipe II, ultrajada por la sañuda envidia de naciones extranjeras; ahora vuelva por los monarcas aragoneses, calumniados de algun cronista francés; ahora se enorgullezca defendiendo á los Juanes, Pedros y Alfonsos, que á la sazon vivían en España, hijos y nietos de los que echaron de Italia á los Alejandro, Hércules y Escipiones! ¿Cuánto valen sus censuras políticas, ya se queje de que las riquezas de las Indias, ganadas con increíble valor de los españoles, ni hagan fértiles nuestras campiñas, ni canalicen nuestros rios, ni enriquezcan nuestros puertos; ya grite á los príncipes y ministros, de parte de la justicia de Dios, «que el oro y la plata que se trae de Oriente y Occidente no ha de servir de otra cosa que de comprarnos afrentas y pérdidas y enemigos; y que á poder de riqueza hemos de ser pobres de todo, porque sea nuestro verdugo nuestra ambicion, y los tesoros arrebatados se infamen con nuestra desolacion por nuestras culpas!» ¡Y qué precio no tiene su crítica literaria! Él rinde tributo de admiracion á las comedias de Lope de Vega Carpio, «tan dignas (dice) de alabanza en el estilo y dulzura, afectos y sentencia, co-

mo de espanto por el número; demasiado para un siglo de ingenios, cuanto más para uno solo.» Muéstrase aficionado á Fernando de Herrera, tesoro de la cultura española; pero sin aprobar que usase de voces peregrinas, ásperas, con el contagio de bastardia mendigada en otras lenguas. Aplaude con entusiasmo á Garcilaso y Francisco de la Torre; y en estas materias la posteridad no ha dictado fallo que no confirme la sagacidad crítica, el buen gusto y recto juicio de nuestro autor.

Nadie como él vibró mejores armas contra el gongorismo, ni explicó sus causas, ni le historió en menos espacio; probando que es enfermedad tan antigua como el hombre, avaro por naturaleza de singularizarse entre los demás, amante de extrañas novedades, premioso y torpe en saber decir con hermosa propiedad las cosas cotidianas y comunes. No querer hablar á lo humano, y mezclar bárbaramente voces de diversos idiomas; ignorar que la creacion poética ha de costar grande trabajo á quien la escribe, muy poco á quien la lea; buscar en la exageracion el estro que no ha concedido el cielo, y amontonar metáforas en el discurso haciendo enigmas y geroglíficos indescifrables; lóbreguecer el estilo hasta el punto de que por él no se pueda caminar sin linterna; é hincharse, en fin, con la algaravía de palabras murciélagas y razonamientos lechuzas,—es pretender plaza de sábio, de filósofo á par de las nubes, de poeta á medida de los abismos; eso es ser culto; ese el lenguaje broma, la música del cieno de que se enfadó Aristóteles, tomándola por regocijado asunto de su comedia de *Las ranas*. En los tiempos de la sencillez griega abundaban los escritores hinchados y nebulosos, y los poetas enyedrados, fontanos y floridos, sin faltar los nocturnos y estrelleros; revolviendo los cantos y números con nombres vacíos y altisonantes, diciendo por circunloquios lo que sencilla y galanamente puede decirse. Al siglo de Augusto no faltaron culteranos: lo eran Mecenas y Tiberio, y aun más el triunviro Marco Antonio, ambicioso de escribir lo que admirasen los demás y no lo que entendiesen. Inútiles fueron los consejos y avisos de Propertio y Horacio; en vano, en la edad de Claudio y de Neron, sacaba Petronio á la vergüenza al doctor umbrático, sombrío y tenebroso, que esterilizaba los romanos ingenios extendiendo la enorme y fanfarrona palabrería venida no hacia mucho de Asia, por quien no había quedado de buen color verso ni escrito alguno. Y ¿por qué no se pudo atajar el mal? ¿Por qué? Óigase de la boca de san Jerónimo: «Nada tan fácil como á la vil plebe é indocto vulgo deslumbrar con la taravilla de la lengua; porque la gente ignorante ó baja admira y aplaude más lo que menos entiende.»

Algunos críticos de valía, modernos y antiguos, ponen en las escuelas, atentas por lo comun á fórmulas y cuestiones metafísicas, el gérmen y raíz del estilo afectado, y suponen que de ellas ha partido siempre. Epicteto dijo que «el escolástico es animal de quien todos se rien.» Y diez y seis siglos despues, QUEVEDO prorumpió en estas desabridas palabras: «¿Qué ocupadas están las escuelas en enseñar lo que no saben, lo que á los discípulos no les importa aprender, lo que para nada sirve! Las canas hallan tan inocente el juicio como el primer cabello; la vejez se conoce más en las enfermedades y arrugas, que en el seso y prudencia. ¿De qué te aprovecha saber si la generacion es alteracion, y si á la alteracion se da movimiento? ¿De qué si la materia prima puede estar sin forma ó no? ¿De qué toda la confusa cuestion de los indivisibles, entes de razon y universales, siendo cosas imaginarias, y fuera del uso de las cosas tocantes á las costumbres y república interior ni exterior; y que cuando las sepas no sabes nada que á tí ni á otro importe á las mejoras de la vida...?» «De buena gana lloro la satisfaccion con

que algunos hoy se llaman cultos, siendo temerarios y monstruosos; y presumen de que hoy se sabe hablar lengua castellana, cuando no se sabe dónde se habla. Los corrillos de legos parecen junta de diferentes naciones, desde que algunos hipócritas de nominativos empezaron á salpicar de latines nuestra lengua, que enriqueció á todo el mundo con esclarecidísimos escritores en prosa y verso.» — Un excelente crítico, examinando las circunstancias en que se ha desarrollado y tomado vuelo el culteranismo, observa que no le entronizaron jamás los esfuerzos de un solo hombre, que su elaboracion ha sido lenta, y su crecimiento compañero inseparable de la decadencia de las naciones. «Las sociedades corrompidas (dice), como los hombres estragados, no se satisfacen con lo natural y sencillo; necesitan, en lo extraordinario y nuevo, pábulo á su grosero deleite. Para los que saben leer en el corazon de los tiempos, la aduladora elegancia de Policiano predice desde un siglo antes la corrupcion de Marino; la pompa excesiva de Herrera anuncia ya las hinchadas nebulosidades de Góngora (1).»

Lo propio que en la antigua Roma hubo de suceder entre nosotros. Ya en los tiempos de don Juan el II los poetas pretendieron españolizar muchas voces latinas, y transformar nuestra frase con el hipébaton del idioma del Lacio. Se opuso á que estas semillas por entonces germinasen el feliz renacimiento de las artes y letras, gloria del pontificado de Leon X y del imperio de Carlos V. Pero brotaron y difundieron su veneno mortífero tan pronto como logró en Italia hacerse caudillo de las turbas de escritores afectados el caballero Marino, y encender el entusiasmo y cautivar la admiracion de los franceses. En esto, un gran poeta español, desnudándose locamente de las hermosas galas con que resplandecía en el Parnaso, erígese en campeón del nuevo estilo, y le autoriza, y da (¡miserable suerte!) su nombre á la más espantosa anarquía literaria, á la total depravacion del buen gusto. ¡Y halló séquito y aplauso y adulacion una escuela, cuyo más ciego partidario terminaba con las siguientes palabras el comentario que hizo á las obras de Góngora! «Esto es cuanto he podido adivinar en la explicacion de tan difíciles períodos.»

Famoso vejámen da el satírico á los gongorinos con *La Culta latiniparla* y con la *Perinola*; documentos inapreciables ofrece á la historia literaria en el *Juicio de las poesias de fray Luis de Leon*, dirigido al conde-duque de Olivares; y sabrosamente ridiculiza en el *Cuento de cuentos* las idióticas frases del vulgo, las hipérboles y sonsonetes extravagantes, los inútiles bordoncillos que embrollan la conversacion y el estilo de escribir cartas, viciando la buena prosa y teniendo enfadado el mundo. Hasta hoy se apreciaba y extractaba la *Perinola* como un tesoro de noticias bibliográficas; pero nada menos que eso: mis investigaciones sobre este punto creo han de ser de alguna utilidad á la bibliografía española. En fin, estos *Discursos crítico-literarios* se completan con juicios, prólogos y advertencias que puso QUEVEDO en libros ajenos, y con las censuras y aprobaciones que se le encomendaron.

Al *Epistolario y documentos relativos á la vida del autor* se consagra la seccion última del presente volúmen. Ciento sesenta y nueve cartas, de ellas ciento quince inéditas; y ciento sesenta y dos documentos, de los cuales noventa y nueve por vez primera salen á pública luz, esclarecen todos los sucesos prósperos y adversos de la vida

(1) Mi entrañable amigo el docto académico y bizarro poeta don Manuel Cañete, en su *Discurso crítico acerca de las obras de don Luis de Góngora y Argote*, y en otro *Sobre el origen, carácter é importancia del culteranismo*. Tratando despues que él la materia, es imposible dejar de repetir sus fundadas y juiciosas observaciones, aun con las mismas palabras con que inmejorablemente las formula.

del señor de Juan Abad; sorpréndenle en el secreto y libertad del hogar doméstico, robustecen la opinion que de su índole y carácter han formado los doctos, y ultiman el proceso donde el escritor, á más de sábio y de espíritu valiente, aparece limpio de nota que le infame. Pero no solo esta seccion, todo el tomo brinda con preciosos datos al biógrafo de QUEVEDO. Hállanse, dignos de estudio, en la *Vida de san Pablo* y en la *Virtud militante*; en sus *Epistolas á imitacion de las de Séneca* los hay de sumo interés para conocer á fondo las últimas persecuciones del autor. Además, el *Epistolario y documentos* corrigen algunos yerros y descuidos en que, al bosquejar la vida del escritor, colocada al frente del primer tomo, hube de incurrir siguiendo los pasos de mis predecesores. Fuí el último en repetir sus asertos; sea el primero en enmendarlos. ¿No afirmé yo con buenas y valederas autoridades que, á los diez y seis años, recibí DON FRANCISCO el grado de Licenciada en Teología? Habiendo parecido los libros académicos de la Complutense, resulta que precisamente al cumplir aquella edad, ponía término al estudio de las lenguas griega y latina, y empezaba á conocer los rudimentos filosóficos. ¿Se sabia por qué se intituló señor de la Torre de Juan Abad? Ya, con las antigüedades del campo de Montiel, he podido averiguarlo hasta las semini-mas. Lea con espacio esta última seccion el curioso; y unas veces, en compañía de nuestro autor por Sierra-Morena y la Mancha, hará la vida del hidalgo de aldea en los tiempos de don Quijote; otras, le seguirá por el intrincado laberinto de la corte y á las arriesgadas empresas de Italia; y finalmente, se enterará de lo que se trate con más reserva en las secretarías y consejos, viendo al monarca extender de su puño las órdenes para desterrarle, y oyendo de los poderosos el concepto en que le tenian.

Para fijar el texto de este segundo tomo he confrontado cuatrocientos manuscritos y veinte y ocho ediciones, cuyas más principales variantes justifican al pié de cada página mi ímproba y fatigosa tarea. Allí no escaseo tampoco las notas literarias é históricas para que resalte la época y el espíritu é intento del autor, y se desvanezca la oscuridad de los pasajes difíciles. Ni trabajo ni diligencia perdoné para ello; y cuando mis estudios aparecían inferiores á los de algun amigo que me comunicaba con desprendimiento los suyos, estos y no los míos en seguida fueron con su nombre á la imprenta. Por último, las antiguas aprobaciones y elogios que á estas obras corresponden, y un copioso índice de los manuscritos consultados, con expresion de sus dueños, forman los principios del libro.

Y ahora le aseguro á usted, señor don Juan, que más de cuatro buenas tentaciones me han dado de acompañar tales alabanzas con las que por el tomo primero, y para que yo no desmayase, merecí á ingenios esclarecidos: sáficos latinos del sábio y virtuoso don Juan María Capitan; versos castellanos de los excelentes poetas don Joaquin José Cervino y don José Gonzalez de Tejada; juicios críticos llenos de erudicion é indulgencia, debidos á la autorizada pluma de los señores don Eduardo Gonzalez de Pedroso, don Rafael María Baralt, don Agustín Durán, don Manuel Cañete, don José María de Alava y monsieur Philarète Chasles. Pero si en un libro que censura la vanidad esto pudiera parecerlo, porque en él se condena tambien la ingratitud, estoy en obligacion de dar aquí públicas gracias á tan generosos escritores. Ríndolas igualmente al señor don Pascual de Gayangos, siempre anheloso de facilitarme raras ediciones y códices, buscándolos de intento en sus frecuentes viajes por Inglaterra y Francia. Recíbalas asimismo el señor don Cayetano Alberto de la Barrera, que sin conocerme, luego que publiqué el tomo primero, puso á disposicion mia todos sus libros y papeles, fruto de

largas vigili-as y sacrificios, y en el retiro de mi casa, con moderacion indecible me advirtió de los descuidos que en mi trabajo habia notado. Pero semejantes finezas y otras muchas de que soy deudor á diferentes personas, tienen su lugar propio algunas planas adelante, y en los sitios donde es de interés la referencia. ¡Dichoso yo, que merced á tan hidalgos espíritus vi florido y ameno el desierto de las investigaciones eruditas, y alcancé premios de corporaciones insignes y la estimacion de los hombres honrados! ¡Venturoso yo, que tuve á usted por guia solícito al acometer mi empresa; más venturoso mil veces si usted hoy me anima á continuarla!

Madrid, 12 de febrero de 1839.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.